

Los crímenes a la clase media chilena durante la dictadura y las razones de la desintegración de la izquierda .

José Cañas Cañas - josecanascanas@hotmail.com - 08 Feb. 2011

Introducción

El propósito de este texto es en primer lugar el de decir algunas verdades sobre la realidad chilena y la izquierda de mediados del siglo veinte . Se trata de unas verdades que los miembros de la derecha y, sobre todo, los partidarios de la dictadura han querido sepultar y hay que reconocer que en buena medida lo han logrado. La prueba de ello es la casi absoluta ignorancia de la juventud chilena , yo hablo en particular de la juventud universitaria que, como profesor, me tocó frecuentar en el curso de los últimos años, por lo que se refiere a esos capítulos recientes de nuestra historia . Sin embargo , en el ocultamiento de esas verdades los representantes actuales de la izquierda tienen también una gran responsabilidad ya sea porque muchos de ellos se habían zambullido en la gestión febril del modelo neoliberal, ya sea porque algunos otros han tratado de evitar toda polémica entre los aliados de hoy en día que fueron los adversarios de ayer , por fin ya sea porque simplemente hay quienes consideran que resulta más ventajoso para ellos borrar de la memoria nacional lo que sucedió en ese periodo. Por otra parte , la exigencia de verdad no sólo constituye un deber ético para el autor de este libro , lo que ya podría justificarlo por sí sola .

Ella es también una necesidad política pues ninguna comunidad nacional puede construirse sobre la base de la supresión de su pasado y aún menos sobre la base de la tergiversación del mismo . La disolución brutal de la sociedad chilena de los años setenta nos parece ilustrar el trágico destino que aguardaba a una comunidad en que las apariencias democráticas ocultaban unos profundos desgarramientos entre sus miembros , una comunidad nacional que había terminado también por olvidar que ella se había gestado en medio de los dolores de la guerra civil de 1891, de las masacres obreras del siglo XX , de la aguda agitación social de los años treinta , y de tantos otros dolorosos acontecimientos que acompañaron nuestra vida política hasta 1970 . Sin embargo, este libro que es la obra de un actor comprometido con la realidad chilena de ese entonces es también la de un estudioso de la realidad latinoamericana sobre la que he trabajado en el seno de equipos de investigación pluridisciplinarios que se ocupan , en Francia , de nuestro subcontinente . Así , en este trabajo presentamos las reflexiones que nos inspiran los comportamientos y las mentalidades de algunos de los componentes sociales y políticos más importantes de la realidad chilena de mediados del siglo pasado a través de ciertos acontecimientos de nuestra vida social y política que tuvieron lugar en esos años y en los que estuvimos a menudo directamente implicados .

Primero algunas interrogaciones .

¿Cómo la izquierda chilena de los años sesenta y setenta pudo equivocarse tanto sobre la realidad nacional? ¿Cómo pudo equivocarse durante tan largo tiempo? y sobre todo ¿Cómo pudo haber cometido errores de apreciación tan considerables en unos momentos tan decisivos de nuestra historia? Estas preguntas y muchísimas otras siguen dando vuelta en mi espíritu varios decenios después de unos acontecimientos que una gran mayoría de chilenos no conoce o conoce muy mal. Estoy muy lejos de pensar sin embargo que soy el único chileno que se interroga de esta manera y, aún más, estoy muy lejos de olvidar que ciertos compatriotas han tratado, aunque no siempre satisfactoriamente, de dar una respuesta a estas preguntas. Sin embargo, la experiencia de los varios años que acabo de pasar en Chile en este comienzo del siglo XXI me ha mostrado también que hay muchos chilenos que, habiendo sido protagonistas más o menos importantes de los mismos acontecimientos que están en el origen de esas interrogaciones, han decidido resueltamente borrarlos de su lenguaje y, pura y simplemente, de sus espíritus, sin que pueda asegurarse que hayan logrado plenamente el segundo objetivo.

Por otra parte la enormidad de los trágicos errores cometidos así como de sus consecuencias parecen haber producido durante largo tiempo una especie de parálisis intelectual en ciertos miembros de la izquierda, una parálisis que persiste aún hoy en día. Se podría decir que esta incapacidad, que fue la de la izquierda chilena, de haber podido distinguir en su momento entre la realidad de los hechos y su simple apariencia, sigue estando presente en nuestros días pero ahora como un elemento disuasivo a todo intento de reflexión profunda. Es como si después de un traspies tan grave no tuviésemos derecho ni siquiera a analizarlo y que así aquellos que estuvimos comprometidos con lo que sucedió, debiésemos aceptar una especie de condena eterna a permanecer hasta el fin de nuestras vidas al margen de la historia, en el destierro definitivo e irreversible que merecerían todos quienes osan querer vivir de cierta manera y que fracasan.

El tiempo del optimismo .

Sin embargo, si miramos hacia atrás, hacia un pasado que sólo remonta a cuarenta años, lo primero que surge en nuestra memoria es la idea de haber estado a punto de *toucher le ciel*, como dicen los franceses, antes de que éste se desplomase sobre nuestras cabezas. Quizá la expresión tocar el cielo no sea la más correcta pues no había nada más ajeno a nuestras preocupaciones de entonces que el sentimiento religioso. Tampoco pienso que se nos pudiese considerar como idealistas y de esta manera establecer un puente entre idealismo y religiosidad, considerando el primero como un pariente de la segunda. No, no era ese el caso, de eso estoy seguro, yo que había renunciado a toda creencia en lo sobrenatural cuando, aún muy joven, en el comienzo de los sesenta, cursaba el penúltimo año de los estudios secundarios en ese Liceo Católico particular del centro de Santiago y que, al mismo tiempo, había optado por mirar los asuntos del mundo con los ojos de un marxista aunque, como era corriente en ese entonces entre nosotros, con un conocimiento bastante elemental de esta doctrina. Lo que queríamos en efecto no era tocar el cielo sino, si se puede hablar así, construir el cielo en Chile, transformar nuestro país en una sociedad en que todos sus miembros, comenzando por los más humildes y los más necesitados, pudiesen sentirse sino en el cielo de los creyentes por lo menos en la mejor de las realidades que los humanos ya estábamos en condiciones de

construir en esos tiempos después de los millones de años que dura la aventura de nuestra especie.

Por otra parte , para quienes, como fue mi caso, habíamos comenzado nuestra vida política en la izquierda mucho antes de terminar nuestra adolescencia , la sociedad chilena de la década de los sesenta se nos presentaba en plena ebullición. En todos los dominios de la vida social , y sobre todo en el político creíamos encontrar las razones y las primicias que anunciaban, según nuestra opinión , un gran cambio, unos acontecimientos de una magnitud extraordinaria que transformarían la historia de nuestro país en una escala que éste nunca había conocido desde la época de la Independencia . Por lo demás , la situación internacional conocía por ese entonces unas transformaciones múltiples y profundas que no podían sino que confirmarnos en nuestra idea de que la época en que vivíamos no era una cualquiera y que nosotros teníamos casi la obligación de poner nuestro país al diapason de esta humanidad que se había puesto en marcha .

No parece ni siquiera necesario repetir que desde la revolución cubana triunfante en 1959 hasta la guerra de Vietnam contra los EE.UU., pasando por las luchas anticoloniales victoriosas en Africa, en Asia y en Oceanía , los sucesos políticos de los movimientos de liberación nacional y social se sucedían a un ritmo vertiginoso en todo el mundo , obligando al mismo tiempo a los Estados socialistas de esa época a destacarse en los principios de la solidaridad activa. Incluso en el seno de las antiguas metrópolis coloniales de Europa así como al interior de la primera potencia imperial norteamericana se desarrollaban unos vastos movimientos de contestación que implicaban a los sectores estudiantiles , a las organizaciones revolucionarias que habían roto con las prácticas de la democracia formal e incluso a importantes destacamentos de trabajadores como fue el caso del conocido Mayo francés de 1968 . Nuestra interpretación de la historia del siglo XX chileno y en particular de la parte de ella que había debutado en los años treinta estaba marcada, por otra parte , por un optimismo que no conocía límites . Nosotros veíamos en esa historia un lento pero inexorable ascenso del movimiento social que debía necesariamente culminar , para nuestra sociedad , con la construcción de formas de organización política y económica cada vez más progresistas y casi indiscutiblemente, pensábamos , socialistas . Las movilizaciones sociales que desde el comienzo del siglo XX habían engendrado sindicatos y partidos políticos representativos de las categorías laborales , como el de Recabarren en primer lugar , habían conocido un nuevo y decisivo impulso en los años 30 con la experiencia de la breve República Socialista y el nacimiento del Partido Socialista, surgidos ambos en un contexto de vastos movimientos sociales y políticos de diversas categorías de la población.

Por lo demás , desde fines de esta misma década el triunfo de Pedro Aguirre Cerda a la cabeza del Frente Popular había marcado un nuevo hito en el desarrollo constante de los sectores progresistas de nuestro país y esta victoria se había inscrito en nuestros espíritus y en nuestras memorias de manera mucho más decisiva que los años negros del gobierno de González Videla y que los tiempos autoritarios de la presidencia de Ibañez del Campo . Por fin , cómo no iba sentirse reconfortado en esta visión profundamente positiva y ascendente de nuestra historia con lo que había ocurrido en 1958 , es decir con la estrechísima derrota del candidato del Frente de Acción Popular, cuando por escasos 30 000 votos y a causa de un bagaje

de triquiñuelas derechistas Salvador Allende perdió la elección de 1958 frente al candidato de la reacción Jorge Alessandri . Por último , los doce años que siguieron después de este acontecimiento fueron tan ricos de sucesos internacionales positivos en el sentido de nuestros intereses y tan ocupados por nuestro propio compromiso militante que nada ni nadie pareció poder hacernos dudar un instante de la visión casi eufórica que nos había embargado . No obstante , la parte de la historia patria que habíamos reconstituido de esa manera en nuestros espíritus había sido en los hechos mucho menos idílica que lo que nosotros queríamos imaginarnos y muchísimo más compleja de lo que el diagnóstico que fundamentaba nuestra acción política hacía aparecer . Así , de los cuarenta años que van de 1930 a 1970, hubo por lo menos 28 en que la escena política criolla estuvo fuertemente influenciada, y a veces determinada, por una personalidad militar : el general Carlos Ibañez del Campo .

En efecto , desde incluso mucho antes de la primera fecha señalada , este personaje alto en colores se transformó en uno de los ejes del quehacer político chileno y su acción, ora públicamente cuando ejerció el poder ora en la sombra cuando las circunstancias lo impulsaron a conducirse con cierta discreción , fue decisiva en la vida política de nuestro país que él abandonó ya a una edad muy avanzada . Esta larga presencia en la cima del Estado de un hombre del ejército que nunca olvidaba de llevar su uniforme en las grandes ocasiones , para que no cupiese duda de lo que él era verdaderamente , ya habría debido poner en entredicho el optimismo de la interpretación en boga entre los representantes de nuestra izquierda tradicional , quienes querían ver a toda costa en la estabilidad institucional chilena de ese entonces una victoria del movimiento popular por el desarrollo y el fortalecimiento de la democracia representativa . Por lo demás , el ejército , o más bien el conjunto de las fuerzas armadas, seguirán muy presentes en la vida del país incluso después del desaparecimiento de Ibañez que había representado tan excelentemente el autoritarismo y la brutalidad que siempre se han aclimatado con tanta facilidad en los cuarteles. Así , en tiempos de Alessandri Rodríguez los mandos militares se prestarán sin grandes reticencias para sacar a las tropas a las calles en los días de huelga y tirar contra obreros y pobladores y, apenas un poco más tarde , en la época de la Revolución en Libertad de Frei Montalva , los oficiales se sublevarán contra las autoridades del Estado en un regimiento , el Tacna , que se convertirá con el tiempo en uno de los viveros de los golpistas y en un centro de tormento para los perseguidos por ellos .

Ilusiones y decepciones: las clases medias en acción.

Mientras tanto la solidez aparente de la democracia chilena había logrado cautivar el interés y a veces la admiración de muchos extranjeros . Esto había ocurrido no sólo en los países de América latina en los que la estabilidad institucional, como decían los expertos , era un fenómeno tan raro en esa época, y en algunos de ellos casi completamente desconocido . También en Europa occidental , que se ha sentido siempre la heredera de las instituciones creadas en la Antigüedad Clásica por los griegos de la democracia ateniense y los romanos de la República , se levantaban voces, desde todos los sectores , para elogiar lo que existía en nuestro país y para mostrarnos como ejemplo a los ojos de un Tercer Mundo tentado, en esa época, por los procesos revolucionarios y por los modelos políticos que les ofrecían los países socialistas .

Así, en este país con tanto desierto, como es el nuestro, pareciera que un espejismo especial, el espejismo de la democracia adquirió una consistencia insospechada pues no solamente unas amplias capas de chilenos se ilusionaron con las apariencias de nuestra propia realidad sino que además la ilusión de los que nos miraban desde el exterior reforzó las de nuestros compatriotas generando un círculo vicioso que oscureció cada vez más la verdadera naturaleza de nuestra esquelética entidad política nacional. Sin embargo, en la base de esa especie de sentimiento de alucinación colectiva que cultivábamos respecto de las cualidades democráticas de nuestra sociedad no es muy difícil identificar, entre otras cosas, la existencia de una de esas falsas verdades con las que ciertos pueblos pueden vivir durante décadas antes de que se descubra, muchas veces trágicamente, el profundo vacío que esas supuestas verdades disimulaban.

Se trata ni más ni menos de esa idea que ha habitado la conciencia y/o el inconciente de un número considerable de chilenos y que a menudo ha transgredido todas las fronteras que separan ordinariamente a nuestros compatriotas, que ellas sean políticas, ideológicas o culturales. Me refiero a esa especie de singularidad o a esa situación excepcional que habría representado y representaría todavía hoy Chile en el mundo subdesarrollado, una excepcionalidad que lo habría ubicado constantemente en un lugar de privilegio comparado con el desarrollo histórico que domina en nuestro subcontinente y, en general, en el Tercer Mundo. Por el momento nos limitaremos a señalar esta noción de supuesta excepcionalidad que ha impregnado el ser nacional reservándonos la posibilidad de desarrollar otras consideraciones al respecto en el curso de estas reflexiones. Por otra parte hay que decir que existen muchos europeos occidentales, en particular en las grandes naciones que fueron otrora cabezas de grandes imperios coloniales, en los que por lo demás muchas veces se usurpó tanto como se masacró a las poblaciones autóctonas, muchos europeos pues que no son muy exigentes para otorgar el label de democracia a los países subdesarrollados que intentan construir esa forma de organización política respecto de la cual esos europeos se presentan como los fundadores.

Así, si en tal o cual nación las elecciones « son formalmente libres y regulares », si en ellas « los tres poderes del Estado funcionan separadamente », si asimismo « las libertades de culto y de prensa » son respetadas aunque sea sólo oficialmente, y si se agregan algunas otras premisas de carácter menos esencial que las anteriores, se está dispuesto a reconocerle a esa nación el carácter de país democrático, aunque se trate de una comunidad desgarrada por las desigualdades de todo orden que transforman en humo todos los principios constitucionales por más generosos y grandilocuentes que ellos sean. En Chile fue necesario que transcurrieran 40 años para que la verdad estallara un 11 de septiembre con una violencia que reflejó en particular todo el odio que los sectores pudientes habían acumulado contra aquella parte de nuestra población que había osado, por una vez, transformar la democracia de las declaraciones y de las apariencias en algo bien real, es decir el odio contra un pueblo que había querido hacer coincidir con la realidad concreta el label que nos habían otorgado en el extranjero y con el que tanto nos ilusionábamos al interior de nuestras fronteras.

Así, con esta explosión del odio clasista de los poderosos y de sus aliados todo se desplomó como un castillo de arena bajo el efecto de un golpe de viento. La representación parlamentaria de la derecha- el Partido Nacional- y de la Democracia

cristiana, salvo unas raras excepciones , las instancias superiores del poder judicial y muy especialmente su Corte suprema , los grandes grupos de prensa , los colegios profesionales , las confederaciones de propietarios de todo orden , y en particular los pequeños y medianos empresarios, es decir todos los que hasta allí habían aparecido a los ojos del mundo entero como los pilares aparentes de la democracia nacional abrieron conscientemente los más , inconcientemente los menos , el camino del poder a los golpistas y luego de legitimar su acción , se pusieron a su servicio o asistieron indiferentes a sus aberraciones. No pudo haber mejor ejemplo en el mundo de esos capitanes que sabordent leur bateau , es decir los altos responsables de la derecha y de la democraciacristiana que se propusieron hundir voluntariamente el navío , en este caso el navío de la democracia, que ellos tenían la responsabilidad de conducir o por lo menos preservar.

Varias consideraciones se imponen a estas alturas de nuestra reflexión y una de las más importantes se refiere a la clase política chilena, considerada en su sentido amplio , que estaba a la cabeza del país hasta el gobierno de Allende . Por su origen social , la inmensa mayoría de los parlamentarios, en particular los del Partido Nacional y de la Democraciacristiana, de los jueces, de los miembros de los colegios profesionales, de los patrones pequeños y medianos, de los periodistas de los órganos de prensa escrita y audiovisual , eran miembros de lo que en Chile se llamaba la clase media . Esta constituía un vasto complejo multiforme con fronteras imprecisas y con expresiones partidarias múltiples , pero un conglomerado social fuertemente impregnado por una cultura religiosa católica bastante primaria , y por un anticomunismo visceral , alimentado este último regularmente por las campañas de la derecha económica y política.

Se trataba también de un conglomerado social psicológicamente bastante determinado por el terror de verse un día concurrenciado socialmente por otras categorías de la población y verse así eventualmente desplazado de su posición en la sociedad por las clases más modestas, donde se situaban por los demás las verdaderas fuerzas productivas. Fue este bagaje de creencias y temores a menudo irracionales , esta mezcla de reflejos conservadores y mezquinos que resultó determinante para que una enorme fracción de esta clase media se volcara en el campo de los golpistas y para que incluso una parte de ella estuviese dispuesta a entregarle a éstos tempranamente las joyas de la familia para retribuir la protección y el orden que iban a proporcionarle sus campeones castrenses . La educación cívica , la práctica regular del voto , la militancia en organismos partidarios , la participación activa o pasiva , según el caso, en los debates de las asambleas de todos los niveles , desde las más modestas hasta las del poder legislativo nacional, desaparecieron por completo del universo mental o espiritual de muchos de los miembros de estas capas sociales dejando en su lugar el sentimiento más arcaico y ancestral que pueda existir en un ser humano, un sentimiento que puede transformar al hombre en la peor de las bestias : el sentimiento de salvarse como pueda , él y sus bienes , salvarse aunque haya que aplastar al otro.

¿Cuántos de nosotros, miembros también de los sectores medios , fuimos testigos, en los días que siguieron al golpe, de la evolución del comportamiento de algunos de nuestros colegas de trabajo pero también de ciertos amigos y familiares , todos miembros de esta vasta clase media chilena ? En el Estadio Chile o en el Estadio Nacional , donde se amontonaban, en esos días de septiembre, los detenidos después

del primer interrogatorio o de la primera sesión de tortura , no faltaron los casos de profesionales o empleados, meros simpatizantes de la izquierda muchas veces, que habían sido arrestados a partir de la denuncia de un familiar cercano , en algunas ocasiones de una ex-esposa como le ocurrió a uno de mis amigos , simple simpatizante allendista , o de una ex-amiga como le sucedió a otro cuyo compromiso político había sido más profundo . Pero también los ojos y los oídos de muchos otros , antaño respetables miembros de esta categoría social de chilenos , se convirtieron en una prolongación de los ojos y de los oídos de los verdugos , como ocurrió frecuentemente en los barrios o en los lugares de trabajo .

Así mientras en tal inmueble de Providencia una dama de vida impecable y sin historias , que había sido hasta allí una amable y afectuosa cincuentona, denunciaba a uno de sus vecinos a quien suponía entregado a reuniones antijuntistas , casi al mismo tiempo en el Departamento de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico, hoy en día Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), uno de mis antiguos profesores, de una calidad académica apreciada por todos , perdía su puesto y debía abandonar el país porque tal otro colega, que él mismo había formado, lo había denunciado como simpatizante socialista, en circunstancias que el móvil verdadero de este acto no era tanto la vigilancia patriótica en favor de la Junta como el apetito del denunciante que deseaba asumir las responsabilidades del despedido.

Así , de la noche a la mañana, en las breves horas que transcurrieron desde lunes 10 de septiembre de 1973 , último día de democracia , es decir la víspera del golpe, al 13 o 14 del mismo mes , cuando las actividades comenzaron a reanudarse con un toque de queda restringido, unos miles y miles de miembros de la clase media que frecuentábamos cotidianamente en el campo y en la ciudad , experimentaron un cambio radical de comportamiento : de demócratas ejemplares que habían parecido ser hasta un pasado reciente pasaron a convertirse , en el espíritu y en la acción, en los celosos auxiliares de los órganos represivos, una conducta que nos recordaba los peores ejemplos mundiales de civiles apoyando a regímenes autoritarios , es decir los falangistas españoles, los fascistas italianos, los SA o tropas de asalto hitlerianas . Pues no sólo las denuncias de colegas , familiares o vecinos llovieron sobre la cabeza de los allendistas reales o supuestos sino que además en múltiples ocasiones esos abyectos supletivos civiles del nuevo poder militar acompañaron a los representantes de éste cuando se trató de allanar las casas de ciertos vecinos que les parecían sospechosos , como le ocurrió a uno de mis amigos , un joven profesional y militante socialista de base, sin historia, que acababa de instalarse con su esposa en Vitacura , quienes dos o tres días después del 11 vieron desembarcar en su vivienda, para allanarla , a un destacamento militar a la cabeza del cual resaltaban las figuras de algunos de los más prominentes dirigentes de la Junta de Vecinos del sector.

Clases medias, patriotismo y chovinismo.

Por otra parte , en la opinión de estos chilenos medios , todos quienes habíamos estado de lejos o de cerca relacionados con el gobierno derrocado , nos habíamos convertido , de la noche a la mañana , no solamente en peligrosos conspiradores contra el orden establecido sino también en los representantes de la antipatria , un sentimiento que era desde luego ampliamente compartido por muchos militares. Así durante las raras visitas a que tuve derecho en el Estadio Chile, uno de los tres

centros de detención en que permanecí en total más de un año, a partir del día siguiente del golpe , mi madre y mi novia debieron, antes de verme, soportar los insultos proferidos contra el traidor a la patria que era supuestamente yo , por parte de los oficiales que tenían la responsabilidad de ese campo de prisioneros.

La vejación y las lágrimas que esas dos mujeres me ocultaron entonces, deben haber entristecido también, por aquel tiempo, los rostros de otros miles y miles de familiares de detenidos que compartían conmigo el mismo anatema lanzado por quienes súbitamente se habían apoderado de la patria como de un bien personal. Fue por lo demás esta misma noción de monopolio del patriotismo la que llevó a estos mismos oficiales, o a otros de sus congéneres, a lanzarnos en más de una ocasión , desde lo alto de los miradores desde los que nos vigilaban, que nuestro lugar no estaba en Chile sino en alguno de los países socialistas de ese entonces cuya ideología habíamos querido imitar, según ellos. En la mentalidad obtusa de estos oficiales nosotros representábamos una especie de subhombres , endoctrinados por potencias maléficas, unos seres malditos y definitivamente perdidos para la chilenidad que ellos pretendían representar y defender. Por fin , nosotros constituíamos un peligro que sí , por razones de imagen para el país no podía ser extirpado de raíz , como lo deseaban los más fanáticos de entre ellos , debía ser por lo menos alejado lo más posible de sus fronteras .

Por esa razón sin duda fue que la Constitución de 1980 cambió completamente las reglas de reconocimiento de la nacionalidad para los hijos de chilenos nacidos en el exterior, es decir para los hijos de los expulsados, exiliados o refugiados en el extranjero que nosotros fuimos. En efecto , no parecía razonable , en la lógica de los golpistas y de sus ácolitos, otorgar la nacionalidad a los hijos de unos individuos que estábamos marcados por esa especie de maldición que no podía sino que perpetuarse con nuestra descendencia . Sin embargo , no hay que engañarse , esta forma arcaica de la exclusión y del chovinismo , o de falso patriotismo, es un fenómeno sempiterno de Chile. Así , hay investigadores que han señalado que ya a comienzos del siglo XIX , pocos años después de nuestra Independencia nacional a la cual él mismo había contribuido enormemente, Lord Cokhrane debió renunciar a ser propietario de un terreno en Quillota porque sus vecinos veían con malos ojos que un extranjero, como lo era el insigne almirante, se apoderase de un pedazo del territorio nacional. Así mismo en la batalla de Lircay de 1830, los soldados del ejército del sur, es decir el de Portales y sus estanqueros, descuartizaron al coronel Guillermo Tupper y a otros oficiales de origen extranjero que habían combatido al lado de los oficiales independentistas, acusándolos de envenenar los conflictos entre chilenos.

Mucho más recientemente , en los años sesenta , con ocasión del asunto del teniente de carabineros Merino herido mortalmente en un incidente menor con los gendarmes argentinos en la frontera austral , habíamos podido constatar como podía desencadenarse una movilización popular casi grotesca en la que no faltaron los manifestantes que pedían armas para participar a la defensa de la patria supuestamente amenazada por un malentendido secundario entre uniformados de los dos lados . Este chovinismo chileno no tiene pues nada de exclusivamente militar ya que son a menudo los civiles que, sin medir las consecuencias que pudieran tener

ciertas bravuconadas , se muestran como los más recalcitrantes defensores de los valores patrios o lo que ellos consideran como tales .

Así, el desprecio que muchos de los miembros de las fuerzas armadas manifestaban respecto a nosotros , los partidarios de Allende ya detenidos, no era sino una expresión más del desprecio que sentían unos vastos sectores de las clases medias chilenas por todo lo que oía a izquierda y sobre todo a marxismo y a comunismo. Estos sectores habían sido , por generaciones , alimentados con la propaganda comunista más burda , y no por ello menos eficaz, que había hecho de casi cada izquierdista chileno, y en especial de los militantes del Partido Comunista, una especie de encarnación de lucifer, un representante en Chile del imperio del mal , el soviético de la época, según la lamentable fórmula que emplearán apenas unos años más tarde los conservadores políticos y religiosos más obcecados de todos los pelajes. A este respecto , como bien se recordará , la Revolución en Libertad freista había llegado al poder en 1964 después de una propaganda anticomunista feroz, fase superior de todo lo que los círculos criollos y sus asesores extranjeros habían podido imaginar en la materia hasta ese momento , contra el candidato de la izquierda que fue también en esa época Salvador Allende, a quien esa campaña buscó identificar como un servidor de intereses extranacionales y un representante encubierto de la Rusia soviética .

Conductas inexpiables .

El pantano de ideología anticomunista en que estaban zambullidos estos sectores medios, así como sus representantes políticos y unos extensos sectores de las fuerzas armadas, especialmente su oficialidad, llevará por lo demás en los días que siguieron al putsch a manifestaciones increíbles de xenofobia y en todos los centros de detención encontraremos a cientos de latinoamericanos , originarios de una diversidad de países, que por el único hecho, a veces , de expresarse con un acento diferente al nuestro o que podía ser confundido con el de un cubano eran detenidos en las calles o denunciados por sus vecinos civiles sufriendo luego un tratamiento brutal que acabó en muchas ocasiones con la muerte . Porque estas denuncias , y esto es necesario recordarlo para precisar la gravedad de esas acciones , no solamente fueron seguidas de la detención de los denunciados sino que casi sistemáticamente estos últimos, como ocurrió con nosotros los detenidos chilenos, debieron soportar largas semanas y a veces meses de prisión en condiciones inhumanas , fueron a menudo suplicados , y por fin, algunos de ellos fueron pura y simplemente asesinados.

La conducta de esos sectores medios de la población en aquellos días resulta tanto más condenable cuanto que al mismo tiempo que los miembros de estos grupos sociales mantenían los ojos y los oídos abiertos y vigilantes para controlar y denunciar los más mínimos actos y gestos de los opositores reales o presuntos a la dictadura, ellos cerraban obstinadamente sus ojos y oídos frente a los abusos que se cometían cuotidianamente por parte de los esbirros de Pinochet, permitiendo así pasar en silencio durante años y años las ejecuciones sumarias de unos ciudadanos y las desapariciones de otros, las torturas denunciadas por los familiares de las víctimas, las detenciones diarias , las arbitrariedades de los despidos de empleados , obreros y campesinos, por fin todo el vasto abanico de aberraciones con que en

tiempos de la tiranía se martirizó a los más humildes así como a quienes intentaron defenderles.

Replegados en sus casas y en sus oficinas, en sus coches y en los supermercados de los barrios acomodados pero también de barrios de medianos recursos, en sus casas de campo y de playa cuando el verano llegaba, en resumen replegados en el egoísmo de su tranquilidad y de su confort, unos cientos y cientos de miles de miembros de estos sectores medios cuya presunta cultura y civismo había constituido en un pasado reciente una de las marcas de la excepcionalidad chilena practicaron religiosamente durante los largos años de la dictadura una especie de omertá respecto de las exacciones que ésta perpetraba, es decir la ley del silencio que en las organizaciones mafiosas garantiza el secreto de los actos delictuales y la impunidad de sus autores. Sin embargo, al interior de la extensa red de cómplices activos y pasivos que constituyeron estos miembros de las clases medias que estaban presentes en todas las ramificaciones de la vida social e institucional del país no cabe duda de que los jueces y en particular los de las Cortes de Apelaciones y Suprema ocuparon un lugar privilegiado.

La mayoría aplastante de éstos no solamente aplaudieron la llegada de los golpistas sino que, sobre todo, durante los diecisiete años del régimen de la Junta bloquearon sistemáticamente todos los recursos de habeas corpus en favor de los detenidos y desaparecidos y con ello dieron una legitimidad a los abusos y crímenes que ni siquiera los más optimistas de los miembros del nuevo régimen habían imaginado. Ya no es ni siquiera necesario insistir sobre los numerosos testimonios que concuerdan en señalar la indiferencia, cuando no fue el desprecio, de los jueces frente a los reclamos de las familias y de sus abogados y el descaro con que algunos de esos magistrados ordenaban el cierre de las investigaciones sobre los cotidianos atentados contra los derechos humanos perpetrados muchas veces a la vista de todo el mundo. Pocas veces sin duda, salvo en los regímenes más totalitarios de la historia reciente como el ejemplo nazi en Alemania, unos jueces que habían jurado hacer aplicar los códigos y las leyes para proteger a la población contra los abusos de la autoridad dieron vuelta la espalda a sus obligaciones y ofrecieron, objetivamente, a quienes se habían apoderado por la fuerza del Estado un poder discrecional sobre la integridad y la vida de nuestros conciudadanos y en especial sobre la existencia de los más desprotegidos de éstos. Así, estos magistrados no sólo renegaron, con su comportamiento, el juramento que habían prestado al asumir sus funciones, sino que abdicaron de toda vergüenza profesional y renunciaron a toda dignidad personal.

La conducta de los jueces nos lleva necesariamente a pensar en el comportamiento que tuvieron otros profesionales en tiempos de la tiranía. Así, se sabe, y sólo los chilenos más ennegrecidos por la pasión podrían pretender negarlo hoy en día, que hubo médicos que participaron como auxiliares, directamente o indirectamente, en las acciones de los peores verdugos. Así, en el Estadio Chile, en la misma noche del 12 de septiembre en que los uniformados nos habían empujado, a punta de culatazos y de puntapiés, al interior del recinto, a mí y a otros tres de mis codetenidos, funcionarios todos del entonces Servicio Nacional de Salud, mientras estábamos zambullidos en el caos que reinaba en la cancha y en las tribunas

inundadas de otros detenidos, habíamos podido divisar a un grupo de médicos al lado de los oficiales, que nos amenazaban y disparaban sobre nuestras cabezas desde el puesto de mando instalado en el recinto.

Esos facultativos, que pavoneaban con sus blancas ropas de trabajo, dirigían hacia nosotros una mirada escrutadora que rastrellaba la totalidad de los detenidos buscando identificar los que podían tener, esa noche, un interés mayor para los órganos de la represión. Por lo demás, con el tiempo los testimonios se han ido acumulando contra los médicos que estaban presentes durante las más crueles sesiones de tortura para asegurarse que el supliciado del momento pudiese seguir siendo martirizado sin hundirse completamente en la inconciencia o en la agonía y, en especial, contra aquellos otros facultativos, ya militares ya civiles, que asumían directamente el rol de torturadores. De este modo se puede afirmar que en los años de la tiranía se gestó y se fue profundizando en los espíritus y en los hechos una especie de unión sagrada entre muchos miembros de ciertas categorías de profesionales que ocupaban funciones esenciales para la existencia y la preservación de la sociedad chilena, pero la vocación de esta unión no fue la de servir al organismo social que les había confiado tan considerables responsabilidades sino todo lo contrario.

En efecto, esta especie de unión sagrada entre putschistas y verdugos por un lado, jueces, médicos y hasta religiosos por el otro, ennegrecidos y desnaturalizados todos por la pasión y/o el interés de clase, fue una unión que tuvo por objeto pura y simplemente mortificar y, si posible, destruir a una parte de nuestra nación. Indiscutiblemente que todos los miembros de la clase media no pueden compartir el mismo grado de responsabilidad que recae sobre aquellos uniformados, jueces y médicos que se prestaron durante tantos y tantos años para ejecutar o encubrir las peores exacciones sin que su conciencia moral o cristiana pareciera menoscabada.

.....

Los códigos penales en todo el mundo, o por lo menos allí donde ellos han sido generados con cierto grado de participación ciudadana y donde son respetados, discriminan las sanciones según los grados de culpabilidad o de complicidad. Así, la indiferencia deliberada de los más y la complacencia pasiva de otros muchos delante de todo el mal que se hizo durante la tiranía, no pueden ser asimiladas, tal vez, pura y simplemente a la complicidad activa o pasiva de quienes actuaron mano en la mano con los asesinos y los verdugos más perversos de esa época.

Sin embargo, si la indiferencia o la complacencia que muchos de nuestros conciudadanos tuvieron delante de ciertas persecuciones no traducían quizás necesariamente una voluntad abierta y consciente de ocasionar deliberadamente un daño físico o espiritual a la víctima, no es menos cierto que los miembros de nuestra sociedad que, durante la dictadura, hicieron la vista gorda frente a tanto crimen y frente a tanta tropelia contribuyeron a crear un clima propicio para que estas violaciones de los derechos humanos fueran cometidas en toda impunidad, e incluso con la seguridad, para sus innobles autores, de contar con cierta legitimidad ciudadana.

Por otra parte, cómo no pensar en la relación estrecha que frecuentemente se ha establecido en el mundo, al interior de un conglomerado social, entre los crímenes y los delitos de algunos y la indiferencia o la bajeza de quienes los presencian sin reaccionar cuando incluso en el Chile de hoy en día, del año 2010, donde el Partido Comunista disminuido primero por la represión y, luego, por la evolución social reciente ya no representa más que un magro porcentaje del electorado, existen todavía unos chilenos, y no son poco numerosos, que lamentan que Pinochet no haya exterminado a todos sus militantes, ellos como se lo confiesan a sus amigos más íntimos en el marco de las más ligeras de las conversaciones.

A este respecto, es decir frente a la persistencia en una comunidad nacional como la chilena de sentimientos de odio criminal incluso cuando las víctimas potenciales ya casi no existen, uno no puede dejar de pensar en los sucesos de la Polonia de nuestros días donde unas categorías de la población siguen cultivando un agresivo sentimiento antisemita en circunstancias de que la enorme comunidad de origen judío que habitaba en ese país ha sido exterminada por completo durante la segunda guerra mundial por los nazis alemanes y sus colaboradores polacos. En Chile, el carácter brutal de los propósitos que acabamos de transcribir ilustra bastante bien la persistencia de esa ideología tan propia de ciertos sectores de la clase media nacional y esto a pesar de todo lo que nuestro país ha logrado poner al descubierto en materia de crímenes y de violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, lo referido no podrá sorprender verdaderamente sino a aquéllos que por ingenuidad o ceguera no han querido ver que estos sentimientos tan deleznable y que pueden inspirar tantos horrores han estado siempre presentes en muchos hogares del Chile medio.

En efecto, son sentimientos como esos que han contribuido en un pasado reciente, como lo sabemos, a la creación del clima de pogrom que se desarrolló en muchos lugares del país cuando se persiguió a los partidarios del gobierno derrocado en 1973, y fueron también unos sentimientos parecidos los que, mucho antes en nuestra historia, en la segunda mitad de los años cuarenta, facilitaron la promulgación de la vergonzosa Ley de Defensa de la Democracia por el gobierno de Gabriel González Videla, una ley que abrió grandes las puertas a la persecución de los comunistas cuyo único delito había sido el de pertenecer a un partido hasta entonces legal, un partido que por lo demás se había convertido en un ejemplo de respeto del orden republicano y que, por otra parte, había contribuido a la elección del mismo González Videla.

Mentalidad de clase y comportamientos.

La cultura anticomunista difundida hasta el comienzo de los años setenta por los medios de comunicación y de propaganda controlados por la derecha y por el sector más reaccionario de la Democraciacristiana, había logrado pues impregnar las mentalidades de vastas categorías de la población y esa cultura se había arraigado en esos sectores sociales tanto por la influencia familiar como por la acción de los establecimientos educativos particulares que eran administrados muy a menudo por las órdenes religiosas. No obstante, respecto de estas últimas es necesario recordar que siempre existieron algunas honrosas instituciones en las que a pesar de desarrollarse una educación religiosa estricta en la forma, se dejaba al mismo tiempo una verdadera libertad a educadores y a educandos, una libertad que poco tenía que envidiar a lo que ocurría en los establecimientos de enseñanza del Estado en la misma época.

Sin embargo , la Iglesia catòlica chilena, que ha puesto tradicionalmente el acento en su dimensiòn mariana , generalmente la mäs conservadora , se habìa expresado públicamente a menudo a través de sus obispos mäs derechistas, y especialmente anticomunistas , como lo fue Monseñor Tagle , obispo de Valparaíso en tiempos de Allende , de la misma manera que los mäs activos miembros de la Iglesia en los òrganos de prensa de esa época fueron justamente los representantes de esa misma corriente, una corriente cuyos componentes animaban una oposiciòn agresiva y radical a la experiencia de gobierno popular que vivía nuestro país. Por el contrario, los miembros progresistas, sacerdotes o laicos, de la institucionalidad catòlica, generalmente comprometidos en una generosa labor pastoral en el seno de los círculos mäs modestos de nuestra poblaciòn y que tuvieron un comportamiento tan digno y valiente frente a la dictadura , habían vivido muy a menudo en una gran discreciòn , como si estuvieran a la defensiva al interior de una corporaciòn marcada por su conservatismo .

Un conservatismo que por lo demás ha contribuido decisivamente hasta hoy en día a congelar el desarrollo cultural y valòrico de nuestra sociedad , como ha quedado demostrado, entre otras cosas, con la posiciones de la jerarquía catòlica frente a la reciente ley del divorcio y a las disposiciones relativas a la píldora del día después. Al rol de la Iglesia en la formaciòn de las mentalidades de nuestra poblaciòn, y en especial de sus grupos medios , se debe agregar el jugado por la prensa .Así, en esta última el papel central del grupo El Mercurio ha sido sin duda determinante para conformar las mentalidades de estos sectores medios, vehiculando hacia ellos , en todos los tiempos, un mensaje abiertamente antiizquierdista y conservador que se haría cada vez mäs agresivo a medida que los avances electorales de los sectores progresistas hacían peligrar el monopolio político y cultural de los grupos dirigentes de la sociedad chilena. Muy naturalmente la actitud de estos òrganos de prensa adquirió un tono francamente guerrero e insurreccional a partir de septiembre de 1970 en que la acusaciòn sin fundamentos y la provocaciòn fueron esgrimidas cotidianamente contra el gobierno de Allende y contribuyeron de una manera decisiva a crear el clima favorable al desencadenamiento del putsch. Con posterioridad , el rol de sostén sin falla a la Junta fue asegurado con un estilo periodístico que se convirtiò en un modelo de la desinformaciòn y que permitiò que una parte considerable de nuestro país fuese sometido a un verdadero lavado de cerebro a una escala desconocida hasta ese entonces y cuyos graves efectos son palpables hasta hoy en día . Por fin , desde comienzos de los años 1990 , como el fantasma comunista tan explotado habìa casi desaparecido, los medios de este grupo de prensa han puesto el acento en una campaña de desnaturalizaciòn de nuestra identidad cultural , cuando no se trata simplemente de envilecimiento de la poblaciòn a través de sus diarios periféricos (La Segunda, Las Últimas Noticias,..), una campaña que por lo demás ya habìa debutado en tiempos de la tiranía y en la que las principales publicaciones de los Edwards rivalizan en el estilo político sibilino y en la vacuidad del mensaje , y tratan de imponer en nuestra naciòn unos valores impregnados por el mercantilismo de cuño norteamericano al mismo tiempo que buscan impedir el desarrollo de toda forma de solidaridad que pudiera gestarse entre los habitantes de nuestro país.

En cuanto a la televisiòn chilena , los principales canales fueron durante mucho tiempo el de la Universidad Catòlica y el del Estado, Televisiòn Nacional . El primero, fiel a la misiòn de una instituciòn que formaba los mandos empresariales y políticos

del mundo burgués , se caracterizó por un mensaje conservador donde los resabios anticomunistas diferían apenas de los de sus homólogos de la prensa escrita, un mensaje que en este canal tomó rápidamente un carácter abiertamente agresivo contra el gobierno de la izquierda y que se expresó muchas veces por la boca apocalíptica de ciertos hombres de Dios de triste memoria. En cuanto a la Televisión Nacional , canal público creado en tiempos de Frei y que, en buena medida, siguió siendo controlado por los partidarios de este último incluso después del ascenso de Allende al poder, fue especialmente durante la dictadura que alcanzó una audiencia importante , es decir cuando este medio comenzó a jugar un papel determinante en la política comunicacional de la Junta , transformándose en los hechos en una copia visualizada del mensaje vehiculado por la prensa escrita arriba señalada .

Sin embargo , como nuestro propósito no puede ser en este trabajo el de analizar exhaustivamente el rol de los medios de comunicación de masas en la conformación de las mentalidades de los sectores medios chilenos nos limitaremos a señalar algunos elementos del mensaje que ha sido vehiculado por aquéllos , un mensaje que se ha sumado al rol jugado por la familia , la educación y la Iglesia en la constitución de esas mentalidades. Así, uno de los elementos de ese mensaje comunicacional ha estado constituido por esa especie de racismo que no quiere decir su nombre , que se ha querido inocular sistemáticamente a ciertas categorías de nuestra población y en el que no sólo el araucano o el indígena nacional , como ha sido históricamente el caso en nuestro continente , aparece como un subhombre, ocupado constantemente en las tareas más modestas , sino que esta noción de ser inferior se fue extendiendo, en la mentalidad de extensas categorías sociales, al chileno obrero o popular , al militante de izquierda que aparecía asociado con él y , especialmente , al militante comunista sobre quien pesaba además la maldición de representar una ideología que se había extendido en esas lejanas comarcas donde Europa lindaba con Asia , un continente , este último , que para las mentalidades simplificadoras y obtusas de muchos chilenos medios era en ese entonces casi sinónimo de primitivismo y atraso. A este respecto no parece necesario insistir demasiado en el hecho de que en tales mentalidades el ateísmo aparecía como otro elemento central del concepto negativo de la personalidad de los izquierdistas , quienes por su condición de ateos se veían privados así de una relación con la divinidad que parecía ser , en la mente de muchos creyentes de la clase media, la única y verdadera fuente de la condición humana . Por otra parte, estrechamente vinculado con esta particular versión chilena del racismo se puede identificar también un sentimiento de xenofobia del cual ya hemos visto algunas de las sórdidas manifestaciones que datan de los acontecimientos de los años setenta. El lastimoso chovinismo o patrioterismo chileno, que a veces ha trascendido las fronteras político-partidarias , constituye sin duda una de las fuentes principales de esa xenofobia .

Sin embargo, pensamos que el surgimiento y el desarrollo de este último sentimiento así como la persistencia del racismo criollo encuentran sus fundamentos históricos en los tiempos del descubrimiento y de la conquista española, donde la distinción entre dos categorías de habitantes , los hombres superiores europeos y los autóctonos que había que evangelizar y humanizar, ya que la Iglesia no les reconocía la condición de humanos, fue una distinción que se instaló percederamente en todos los espíritus . Esto explica también que la xenofobia chilena sea una xenofobia de doble vertiente pues ella descarga toda su agresividad y su desprecio contra las poblaciones que por pertenencia étnica o confesión política figuran , según esa concepción , como formando parte de una categoría inferior .En

cambio , las comunidades humanas europeas o de este origen, a las que muchos de estos chilenos medios se creen , con o sin fundamento y muchas veces pretenciosamente, vinculados por lazos de sangre y de historia , no solamente no entran en conflicto con su chovinismo sino que por el contrario esas comunidades son el objeto de una verdadera veneración, una veneración que sin embargo tiene una consecuencia no deseada para los que cultivan tal sentimiento : la de rebajar la condición de los adoradores.

Una ideología simplificadora y odiosa como la que hemos sumariamente descrito para estas capas sociales medias reflejaba , en el periodo que nos interesa, sin lugar a dudas la eficacia del aparato propagandístico y cultural accionado por las clases pudientes del interior y de sus padrinos extranjeros de turno, norteamericanos desde hacia ya cierto tiempo. Sin embargo, tal eficacia plantea necesariamente la cuestión de la naturaleza del blanco, esto es la cuestión relativa al verdadero espesor intelectual y cultural de los sectores de nuestra población que , a menudo sin la sombra de un espíritu crítico, han respondido tan favorablemente a los más burdos y más sordidos mensajes emitidos por los medios de comunicación y de propaganda.

Pienso que una parte de la respuesta a esta cuestión radica en la extrema superficialidad de la formación educativa de estas categorías de nuestra población así como en el restringidísimo campo de sus inquietudes intelectuales . Así, aunque sea cierto que la educación que dispensaban en Chile la escuela y el liceo de los años setenta era infinitamente superior al campo de ruinas que es hoy en día el sistema escolar nacional municipal, no es menos cierto que en el mejor de los casos , es decir para aquella minoría que en el Chile de los años sesenta y setenta obtenía la licencia secundaria , esta última no atestaba más que de unos conocimientos de base , cuya calidad dependía, en buena medida , del tipo de establecimiento frecuentado . Esto quiere decir que un número elevadísimo de chilenos medios alcanzaba, en esos tiempos, la vida adulta y se incorporaba a la vida activa , frecuentemente como empleados o como profesionales, con un bagaje cultural e intelectual bastante mediocre , un bagaje que raramente se enriquecía con el correr de los años . En efecto , la consulta de almanaques, de publicaciones de factura norteamericana como el Readers Digest o de revistas ilustradas así como de las enciclopedias de bolsillo del momento, proporcionadas en parte por una minúscula industria editorial nacional, no podían acrecentar significativamente la estrecha vida espiritual de esos compatriotas quienes, en su ignorancia, se convertían así en una presa fácil de los especialistas de la derecha en desinformación y de los profesionales nacionales y extranjeros del anticomunismo .

A los hechos señalados precedentemente habría que añadir que en un país tan aislado geográficamente como el nuestro y otrora tan marginado de los grandes flujos de personas, las posibilidades eran limitadísimas de viajar al extranjero y más aún de hacerlo más allá de nuestros vecinos inmediatos , y esto vale también como explicación por lo que se refiere a los escasos visitantes de nuestro territorio . Todo ello había contribuido pues a reducir aún más , para nuestra población, las posibilidades de confrontarse con otras realidades , o simplemente con las personas que pertenecían a ellas, y había impedido el desarrollo de esa curiosidad que ha sido a menudo, en otros lugares del mundo , una garantía de extensión del horizonte intelectual y cultural de los pueblos. Por fin, en lo que respecta a la vertiente religiosa del universo espiritual de nuestras clases medias , es decir esencialmente , y casi

exclusivamente a mediados del siglo XX, el catolicismo , no fue tampoco capaz de ofrecer esa abertura , esa tan necesaria dilatación de horizontes que hubiese permitido a ciertos chilenos medios dar un salto cualitativo en lo cultural . En efecto , la Iglesia catòlica chilena, y eso lo pude vivir personalmente en mis jòvenes años como alumno de un liceo catòlico, raramente se preocupò de desarrollar una verdadera cultura religiosa en el seno de su comunidad de fieles .

Asì , si hubiera habido, en esa época , al menos un verdadero interés de parte de la Iglesia por abordar el hecho religioso en la perspectiva de su evolución històrica y de su diversidad en el mundo, se habría dado un gran paso en el enriquecimiento del bagaje cultural de los chilenos y en el ensanchamiento del campo de sus preocupaciones intelectuales. Como ello no fue así la aplastante mayoría de los fieles, y entre ellos en particular los miembros de esta voluminosa clase media, debió contentarse con un mediocre conocimiento de los ritos más simples y, en el mejor de los casos, con unas ràpidas y sumarias referencias a los textos religiosos fundamentales.

De esta manera el conjunto de los caracteres sociales, ideològicos y psicològicos que han sido presentados precedentemente habían convertido, en nuestra opinión , al grueso de la clase media nacional en una masa de maniobra ideal para los estrategas políticos de la oligarquía, que pudieron explotar los reflejos más primarios de los miembros de este conglomerado social, y esta ventajosa situación para los intereses de los más pudientes , se verá acrecentada aún más por el hecho de que la mayor parte de la oficialidad de las fuerzas armadas y muy especialmente la de su rama principal , el ejército , provenían de ese sector social, es decir de los sectores medios . Así, en el contexto de una situación política radicalizada al extremo , como fue la del periodo que se abrió con el triunfo de la izquierda, los cantos de sirena emitidos por los detentores del verdadero poder , la derecha econòmica , para incitar a las fuerzas armadas a desencadenar el pusch encontraron unos oídos extremadamente receptivos en unos oficiales a quienes los miembros de su clase social, condicionados por las campañas anticomunistas, empujaban también en la misma dirección .

Nuestra tesis es por lo tanto la de la existencia de una imbricación profunda y esencial entre unos sectores medios conquistados desde hacia ya mucho tiempo para una ideología antidemocrática y antirrepublicana , y unas fuerzas armadas cuyos mandos no eran más que la expresión uniformada de aquéllos . Esto explica no sólo las movilizaciones civiles que prepararon el pusch sino también la adhesión ciudadana de que éste pudo prevalecerse ya instalado en el poder y el apoyo incondicional que esta categoría de la población otorgò a la tiranía durante la mayor parte de su gestión gubernamental y que se prolongò casi hasta el plesbicitico mismo . Ademàs , la incondicionalidad de que dieron muestra estos sectores medios en su apoyo a los uniformados a lo largo de esta tràgica aventura se explica también por la rapidez con que Pinochet y la mayoría de sus colaboradores pusieron de realce el otro elemento ideològico que formaba una parte esencial de la mentalidad de esos sectores de la población esto es la dimensión religiosa .

La invocación regular de la Divina Providencia en las proclamas y en los discursos de los miembros de la Junta para definir la misión trascendental de la que se sentían investido, así como la referencia sistemática a las vírgenes patronas de las fuerzas

armadas , lo que no era nuevo en Chile, no podían tener otro resultado que el que sus autores buscaban deliberadamente, esto es reforzar aún más el lazo ideológico y espiritual que unía al gobierno de las organizaciones castrenses con su base social y política de masas . Por otra parte , si la oscilación entera y definitiva de estos sectores sociales en el campo del golpismo más desenfrenado no necesitó materializarse en la formación de un partido o de un movimiento político específico, como esto ha sucedido en otros lugares del mundo, como en la España de Franco, esto fue así porque el putsch chileno, o el pronunciamiento como decían sus autores hipòcritamente, se presentó desde el inicio también como una reacción contra el

de los partidos y asimismo porque la unidad de los uniformados se hizo a través del respeto formalmente estricto de la jerarquía del mando , un principio fundamental que no habría podido admitir las disonancias , por muy menores que ellas hubiesen sido , es decir las disonancias que habría irremediabilmente acarreado la constitución de tal entidad partidaria . Además , pensamos que el principio sacrosanto de respeto de la verticalidad del mando, tan subrayado por los putchistas , constituyó la garantía de la cohesión de las fuerzas armadas en la defensa de sus intereses como casta y fue así determinante en el desencadenamiento del putsch , en el éxito de éste y en la perpetuación del régimen . En efecto , las fuerzas armadas no reaccionaron únicamente como el instrumento de una clase , la de los pudientes , ni como la expresión social de otra , la clase media , sino que reaccionaron también porque el golpe de estado parecía constituir a los ojos de muchos de sus miembros la única manera, en ese momento , de preservar los intereses de la casta militar ella misma .

En efecto , la desorganización del Estado , la amenaza de ruptura del orden institucional que los estrategas de la reacción agitaron durante esos días caòticos para presionar a los militares a salir de sus cuarteles , importaban tanto a los ojos de estos últimos como las amenazas , reales o supuestas , que parecían acumularse en el horizonte de la institución militar ella misma y que, desde luego, los mentores del golpe exageraban deliberadamente . Así , en este mundo cerrado de los cuarteles que los chilenos de ese entonces conocíamos tan mal , de lo que se trataba también en primer término para una parte de la oficialidad y de otros militares de planta , era de preservar por todos los medios la supervivencia de esta corporación uniformada que constituía el universo donde varios miles de familias chilenas se habían instalado muchas veces por generaciones y generaciones , un universo pues en el que se encontraba no sólo el empleo del jefe del hogar sino también el alojamiento de todos sus miembros , el transporte diario de muchos de ellos , las becas para los estudios de los hijos , una posibilidad de trabajo para los mismos , por fin, cierta notoriedad cuando se residía en las guarniciones de provincia , una notoriedad que compensaba un poco el despreciado estatuto económico y social que hasta 1973 fue la marca del militar chileno.

En resumen , los golpistas pudieron explotar ventajosamente para sus propòsitos el sentimiento que se había difundido entre numerosos militares para quienes la crisis política de esos años no sólo amenazaba a su corporación sino que constituía además una amenaza directa contra algo más esencial : la supervivencia de cada uno de sus miembros y la de su grupo familiar . Por lo demás , y esto no fue un aspecto menor en los acontecimientos de este periodo de nuestra historia, el tan ensalzado respeto estricto de las jerarquías y de la verticalidad de los mandos cultivado por el régimen de la Junta permitió resolver las contradicciones que planteaba el

pluriclasismo de los miembros de la corporación uniformada . En efecto , para vencer las reticencias que hubiesen podido nacer en los soldados de base y en los suboficiales, arrastrados a reprimir a los miembros de las capas populares a que ellos mismo pertenecían , la aplicación de la orden aparentemente desideologizada y neutra venida de lo alto de la jerarquía implicaba una obligación de obediencia sin reservas que solamente una conciencia política muy sólida, que no existía, habría podido desafiar . Para que esto último hubiese ocurrido habría sido necesario poner en entredicho los fundamentos de la institución militar, lo que las organizaciones de la izquierda nunca habían osado plantear tan abiertamente como hubiese sido necesario ,y cuando algunas de ellas quisieron hacerlo, como fue el caso del MIR y de una parte del Partido Socialista en las postrimerías del gobierno de Allende, el esfuerzo resultó sin verdadera envergadura y tuvo lugar cuando la hora definitivamente ya había pasado .

La responsabilidad de la izquierda : algo de historia .

Los dos candidatos presidenciales que representaban las ponencias más extremas en el escenario de la política oficial chilena habían sido los mismos en 1958 y en 1970 : Jorge Alessandri por la derecha y Salvador Allende por la izquierda . El primero , como se sabe , había alcanzado la Presidencia de la República en 1958 después de vencer al segundo por un estrecho margen de poco más de treinta mil votos , mientras que doce años más tarde Allende triunfaría sobre Alessandri en otra elección muy estrecha en que la diferencia entre los dos candidatos fue casi del mismo orden de votos que en 1958. En porcentajes calculados sobre el total del cuerpo electoral se había producido una estabilidad casi perfecta entre las dos fechas pues tanto Alessandri como Allende habían superado por poco , en las dos ocasiones , un tercio , cada uno , del total de los sufragios emitidos . Así , en términos estrictos de política electoral se habría podido decir que la población chilena en edad de votar y que se definía claramente como izquierdista o derechista representaba, en total, un 70 o 71 % del electorado y ello no había sufrido ninguna variación entre estas dos elecciones presidenciales .

Estos hechos se pueden interpretar , en un primer momento, como la indicación de que unas categorías importantes de la población, compuestas en parte por sectores medios, no sólo habían definitivamente elegido su campo , el de la derecha más conservadora, desde hacia ya mucho tiempo, sino que además habían vivido un proceso de radicalización de su comportamiento político puesto que indiscutiblemente el Alessandri de 1970 sostenía posiciones claramente más reaccionarias y agresivas que el que había sido elegido en 1958 . Por otra parte , en lo que respecta a la izquierda , la votación que había asegurado la victoria de Allende parecía representar una votación techo para las fuerzas políticas que él representaba , esto es una estagnación relativa, en porcentaje, con respecto a 1958, de la influencia política del movimiento popular o allendista y , en especial, una incapacidad de éste para penetrar con sus ideas las categorías medias , lo que aparecía sobre todo ejemplificado por el débil aporte electoral del Partido Radical y de las otras fuerzas de corte socialdemócrata que formaban parte de la Unidad Popular.

Sin embargo entre 1958 y 1970 había habido la elección presidencial de 1964, en la que el candidato de la Democraciacristiana, Eduardo Frei Montalva, apoyado masivamente por una derecha política que había renunciado a presentarle un concurrente, vencerá de manera aplastante al candidato de la izquierda que había sido en ese entonces también Salvador Allende. En apariencia la victoria de Frei Montalva parecía reeditar un escenario que Chile ya había vivido en un pasado reciente cuando una entidad política de clase media como el Partido Radical había logrado llevar hasta la Presidencia de la República a varios de sus representantes desde fines de los años treinta y hasta el comienzo de los años cincuenta.

Pero la similitud entre estas situaciones era únicamente de fachada pues mientras el Partido Radical triunfante había estado a menudo a la cabeza de coaliciones políticas de izquierda, el candidato demócratacristiano victorioso, salido del tronco conservador, había recibido, en 1964, el apoyo de la derecha con el único objeto de impedir la victoria de la izquierda. Así, la adición de los votos demócratacristianos y derechistas no podía constituir en ese momento sino que una operación circunstancial, una operación que tenía como resultado, por un lado, salvar los intereses inmediatos de quienes se sentían directamente amenazados por el programa de Allende y, por otro lado, una operación que abría grandes las puertas del poder del Estado a un partido que se presentaba como el representante genuino de los sectores medios de la población pero que también había logrado una influencia importante en los sectores de asalariados modestos y entre los pobladores.

Fuerzas políticas y reacciones sociales.

En los hechos la progresión de la Democraciacristiana en los largos años que precedieron al triunfo de Frei se explicaba por una lenta maduración política de ciertas categorías de chilenos, especialmente de la clase media, aunque no únicamente, que aspiraban a una transformación de las estructuras de nuestro país pero que al mismo tiempo manifestaban, por razones ideológicas o religiosas, grandes reservas respecto de la coalición de la izquierda que ya era dominada por el peso de dos organizaciones políticas declaradamente marxistas, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Estas reservas perdurarán hasta 1970 porque el grueso del electorado demócratacristiano, abandonado ahora por la derecha, se identificará con la candidatura de Tomić quien, a pesar de representar un Partido desgastado por seis años de poder, terminará obteniendo un sorpresivo 28 % de los votos emitidos a nivel nacional.

Así las tres últimas elecciones presidenciales, antes del putsch, habían probado pues que tanto la derecha chilena como la izquierda habían sido incapaces de constituirse en polos de reagrupamiento de conjuntos sociales suficientemente vastos como para asegurarse, a través de las elecciones, el control del poder político del Estado. De esta manera, ni la una ni la otra no podrían imponerse en la lucha abierta que se desencadenó en 1970 sino con la condición de aliarse con la demócratacristiana, de neutralizarla políticamente o de recuperar una parte sustancial de su base social y de su electorado.

Para la derecha, que desde mucho antes del triunfo de Allende ya había decidido una estrategia de confrontación total, la línea política central fue la de ganarse la Democraciacristiana como aliada, pues mientras duraba la etapa constitucional de su estrategia sediciosa ella necesitaba la legitimidad que le daba la capacidad de

movilización social y la representación parlamentaria determinante que podía proporcionarle ese Partido. Para la izquierda, inhibida en su capacidad de iniciativa tanto por la envergadura de sus adversarios como por las rigideces del accionar de sus principales partidos, el camino parecía pasar primero por la neutralización del partido demócratacristiano, con el Estatuto de Garantías pactado con esta organización antes de la ascensión de Allende, y luego por una política de conquista de su base electoral, lo que debería ser el resultado natural de la aplicación del programa de gobierno de la Unidad Popular, según pensaban los principales analistas y dirigentes de esta última.

A pesar de que todo el mundo conoce por lo esencial el desenvolvimiento de las luchas políticas hasta el momento inmediatamente previo al *putsch*, creemos necesario recordar los acontecimientos más importantes de ese período con el objeto de asegurar la mejor comprensión de nuestro análisis. Así, de las estrategias seguidas por las fuerzas en presencia no puede haber la menor duda que la seguida por la derecha resultó la más exitosa en todas sus fases, pues ella consiguió arrastrar al Partido Demócratacristiano a una alianza política y electoral detrás de sus banderas, una alianza que triunfó en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y que enseguida se materializó en una radicalización de la oposición, hasta ese momento ya bastante agresiva, del partido demócratacristiano contra el gobierno de Allende. Esta radicalización como se recordará también alcanzó su clímax con la declaración de inconstitucionalidad del gobierno en plaza, acusado de ruptura de la institucionalidad, una declaración que fue votada masivamente por los parlamentarios de la derecha y de la Democracia cristiana y que se tradujo en una abierta incitación al golpe militar.

Respecto de la estrategia de la izquierda, habrá que recordar que habiendo fracasado en 1972, por la oposición del Partido Socialista, pero también del sector freista del PDC, toda entente incluso parcial con la Democracia cristiana, como sucedió con el proyecto de acuerdo de consolidación del área social de la economía, todas las posibilidades de una recomposición político-electoral descansaban en la conquista de una parte del electorado demócratacristiano. Sin embargo, esta estrategia desembocó con el tiempo sólo en una media victoria o en una media derrota para la izquierda pues en la cúspide de su influencia electoral la Unidad Popular no pudo obtener más que el 44% de los votos en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, lo que era suficiente para impedir una acusación constitucional contra Allende en el Senado pero lo que se revelaba una desventaja objetiva para un gobierno que necesitaba absolutamente obtener la legitimidad ciudadana para cerrarle el camino a la estrategia insurreccional de la derecha que estaba en marcha.

.....

Así en el esfuerzo por conquistar esa legitimidad ciudadana el gobierno de la Unidad Popular había logrado sin duda asegurarse la confianza de la totalidad de su electorado tradicional compuesto de obreros, empleados, campesinos y otros sectores modestos de la población a los que se agregaban los compañeros de ruta de siempre venidos de las categorías de estudiantes y profesionales, pero la estrategia de la coalición de izquierda había fracasado en lo esencial pues el grueso del electorado demócratacristiano, compuesto mayoritariamente de sectores medios de la población se había alineado con la derecha en un proyecto político que, para todo el

mundo estaba claro , tenía como objetivo declarado el derrocamiento de Allende y el término definitivo de la experiencia gubernativa comenzada en 1970 .

Una izquierda confusa y en desorden .

Sin duda alguna siempre resultará difícil , sino ya imposible, determinar si la izquierda había conservado o no hasta las últimas semanas de la democracia el 44% de adhesión electoral que había alcanzado en marzo de 1973. Lo más posible es que muchos de los nuevos electores que había conquistado en esa fecha la hayan abandonado políticamente en el curso de esos meses caóticos del Tacnazo , de los atentados terroristas cotidianos de la derecha civil y militar , de la agitación callejera, de los enormes problemas de aprovisionamiento . Si esto fue así no se trató más que de una de las graves consecuencias del trágico impase en que la Unidad Popular se había precipitado , un impase que estaba inscrito por lo demás en el patrimonio genético de esta coalición política que había vivido constantemente zambullida en las incertidumbres y en las contradicciones de las líneas políticas, más de alguna vez divergentes, de sus dos organizaciones partidarias más importantes . En efecto , la Unidad Popular fue desde el comienzo casi exclusivamente la unidad de los Partidos Socialista y Comunista pues ellos solos representaban lo esencial de la influencia política y del peso electoral de la coalición que apoyó la candidatura y luego la gestión gubernamental de Allende . Los micropartidos de origen cristiano o centrista que se habían incorporado en el curso de la campaña presidencial aportaron, es cierto , algunos cuadros partidarios , así como también algunas ambiciones personales , pero ellos no fueron capaces de aportar ninguna fuerza social o política verdaderamente decisiva para el campo de la izquierda . Incluso en algunos casos estos micropartidos , como ocurrió con el MAPU , se escindieron aún más en el camino pero incluso esta división ocurrió teniendo como referencia las posiciones de las dos fuerzas centrales de la izquierda , la socialista y la comunista, de tal manera que el MAPU Garretón se inclinó por la primera y el MAPU Obrero-Campesino por la segunda . Lo cierto es que lo que justificaba la importancia otorgada en el seno de la UP a los movimientos que acompañaban al PS y al PC era sobre todo la intención loable de estos últimos de cultivar el pluralismo político, aunque este pluralismo fuese en un primer momento esencialmente un pluralismo de principio y destinado a borrar de las mentes de ciertos chilenos la siniestra imagen que habían reproducido los medios de comunicación en relación a las prácticas políticas autoritarias en boga en los países socialistas , unas prácticas que por lo demás muy pocos estaban dispuestos a defender en la izquierda nacional . Por otro lado , es necesario señalar también que la existencia al interior de la coalición de unas corrientes políticas radicalizadas, como fue el caso del MAPU Garretón, presentaba la ventaja de impedir el deslizamiento hacia la izquierda revolucionaria no electoralista , y en particular hacia el MIR, de unos militantes de la UP que comenzaban a dudar de lo bien fundado de la estrategia de esta alianza .Sin embargo , por lo esencial lo que había contado siempre de manera decisiva y determinante en el campo de la coalición era el buen entendimiento entre comunistas y socialistas, o por lo menos la capacidad de unos y otros a subordinar sus diferencias de apreciación a lo que les parecía lo esencial, esto es la suerte del proyecto de transformaciones que se quería impulsar en nuestro país.

De esta manera, las divergencias entre unos y otros sobre aspectos capitales de la estrategia y la táctica política , así como las que existían al interior del PS entre sus corrientes, habían pasado a segundo plano durante el período de elaboración del

programa de la Unidad Popular , así como en el curso de la campaña electoral y en la primera fase del gobierno, una fase que estuvo marcada por la acción determinada de este último para poner en ejecución las medidas que figuraban en ese programa . No obstante , desde el comienzo del gobierno popular apareció que de los dos partidos principales de la izquierda era el Comunista el que había adherido más resuelta e incondicionalmente a la estrategia que implicaba la realización del programa de la UP y el que estaba dispuesto a apoyar indefectiblemente la gestión de Allende, como por lo demás pareció hacerlo hasta el último momento .

En cuanto al Partido Socialista , su conducción política apareció muy rápidamente como mucho menos clara , y luego decididamente confusa y contradictoria, en la medida que esta organización navegaba entre una base militante fiel al Presidente y al programa de la coalición y una dirigencia partidaria que se desgarraba entre corrientes de corte socialdemócrata y corrientes de izquierda radicalizada, algunas de ellas francamente estructuradas como fracción Por todo ello no será extraño que al mismo tiempo que los máximos personeros del PS asumían las más altas responsabilidades en el gobierno y en la UP , algunos de los responsables de ese partido, y a veces el más importante de ellos , es decir su secretario general , esbozaban otras formas de reagrupamiento con el MAPU Garretón y el MIR , unas iniciativas que con el argumento de ampliar la base de apoyo a la gestión popular desbordaban abiertamente el marco de la coalición gobernante . Sin embargo el nudo de las divergencias y de los desacuerdos entre los dos partidos ejes de la UP, divergencias y desacuerdos que contribuyeron sin duda a entorpecer la acción del gobierno, remontaba a mucho antes de la victoria del 4 de septiembre y esta última así como la campaña

23

electoral que la había precedido parecían haber tenido como consecuencia la de retardar aún más la hora de la verdad, es decir la hora de las grandes definiciones ideológicas y políticas de la izquierda chilena . En efecto , todo había ocurrido como si el triunfo táctico, inesperado y sorprendente, que había sido la elección de Allende hubiese hecho pensar a muchos , por lo menos durante los dos primeros años del gobierno popular, que la definición estratégica ya no era una cuestión de primer orden y que ella podía seguir esperando como había esperado hasta allí sin que ello hubiese sido un obstáculo para la unión de las fuerzas populares. Así en el contexto de confrontación política abierta contra la derecha y la acción del gobierno norteamericano la necesidad de estrechar filas junto a los otros miembros de la UP se imponía con la fuerza del instinto de supervivencia y garantizaba una unidad que confortaba sobre todo la línea defendida por el Partido Comunista .

En efecto, este último perseveraba en su fidelidad a su antigua concepción de la revolución democrática burguesa y seguía apostando sobre la aparición de un eventual aliado burgués progresista que desertaría de las fuerzas de la oposición y que vendría en el mejor de los casos a reforzar el frente que sostenía al gobierno, en el marco de unos entendimientos que deberían operarse en condiciones de respeto de todas las formas de la legalidad. Se trataba por lo demás de una posición que la dirigencia socialista no contradecía ni abierta ni oficialmente. Así el reflejo de solidaridad entre los aliados que marcará toda la primera fase del gobierno de Allende sólo conocerá su primera grieta seria cuando el Partido Socialista manifestó públicamente su oposición al proyecto de consolidación del área social de la economía a que se hizo referencia y que contaba con el auspicio de Allende , del

Partido Comunista y de otros miembros de la coalición, un oposición que contribuirá grandemente al fracaso estrepitoso de esa iniciativa .

La oposición del Partido Socialista al proyecto sobre el área social no podía constituir por sí sola sin embargo una táctica alternativa a la defendida por el Partido Comunista y por el Presidente, y esa posición de los socialistas no pudo tampoco disimular la completa confusión en que se debatió el partido de Allende en la segunda parte del gobierno popular. Es verdad que esta confusión había constituido el pan cotidiano del Partido Socialista desde hacía mucho tiempo y especialmente desde el Congreso de Chillán de 1967 en que había sido aprobada una estrategia que consideraba como posible la lucha armada para llegar al poder . A esta confusión se agregaban otras entre las cuales la menos importante no era seguramente la existencia en su seno de corrientes como la de los Elenos que al mismo tiempo que desarrollaban una estructura fraccional marcada por el secreto y la perspectiva insurreccional, defendían posiciones políticas muy cercanas a las sustentadas por el Partido Comunista . Con el correr de los meses otras iniciativas tomadas por la dirigencia socialista, o por una parte de ella, la llevaron a concertarse con el MIR pero ya sea estas iniciativas llegaron muy tarde ya sea la confusión reinante en el P.S. no podía garantizarles ninguna verdadera consistencia, de tal manera que se estuvo siempre muy lejos de esbozar una política

24

revolucionaria alternativa a la que se impulsaba desde el gobierno, que por su lado aparecía ya a mediados de 1973 incapaz de hacer frente al avance de la oposición insurreccional. Por otra parte , si bien es cierto que en los años setenta el electorado había convertido al Partido Socialista en una de las principales fuerzas políticas a nivel nacional y , sobre todo , en uno de los dos pilares que sostenían la experiencia del gobierno popular , no es menos cierto que esa organización , vieja ya de 40 años en esa época , no había logrado superar ninguna de las insuficiencias y contradicciones que habían acompañado su nacimiento y , luego, su devenir .Así, habiendo nacido al calor de los acontecimientos sociales y políticos que desencadenó la crisis de 1930 en nuestro país , entre ellos la efímera República Socialista de 1932, el Partido Socialista se convertirá con el correr del tiempo en una estructura controlada esencialmente por una dirigencia de corte socialdemócrata , lo que no impedirá sin embargo que por las estructuras del Partido transiten por periodos más o menos prolongados , alternativa o simultáneamente , toda la gama de corrientes o de sensibilidades que la izquierda no comunista o ex-comunista chilena había podido ofrecer en el curso del siglo XX .

Además, socialmente , la militancia de esta organización partidaria, así como su electorado, estará compuesta casi sistemáticamente por una mayoría de trabajadores de las empresas del Estado, de profesionales , de estudiantes universitarios , de pobladores y de campesinos , en menor medida, pero la presencia de los socialistas en los rangos de la clase obrera, salvo en los cordones industriales surgidos en las postrimerías del gobierno popular, será siempre más bien secundaria como lo prueba el control férreo que el Partido Comunista ejerció constantemente sobre las principales organizaciones de los trabajadores y sobre el aparato de la Central Unica de Trabajadores CUT , entidad máxima , en ese entonces , de la estructura sindical chilena.

Por otro lado, la contribución histórica del Partido Socialista al desarrollo del movimiento popular chileno había sido la de integrar a éste a unas categorías progresistas de la población que miraban con reservas al Partido Comunista y el alineamiento de éste con las posiciones de los estados europeos gobernados por sus partidos hermanos, especialmente el de la ex-Unión Soviética. Así, el PS buscará a menudo una especificidad política inspirándose en unos modelos de construcción socialista, tal la autogestión yugoeslava de tiempos de Tito, en los que la participación de los trabajadores en la generación del poder pudiera limitar los excesos de una dictadura del proletariado desfigurada por la dictadura de un partido. Sin embargo, el esfuerzo de los socialistas por renovar teóricamente la izquierda quedará siempre a medio camino en parte a causa de la insuficiencia de sus cuadros políticos superiores y medios, y en parte también por las obligaciones que pesaban sobre un Partido que se encontraba regularmente en campaña electoral. Por fin, esta renovación teórica truncada fue también el resultado de unos acontecimientos internacionales, especialmente la revolución cubana, que pondrán a una parte de su militancia en efervescencia haciéndola agitarse con la ilusión de una aceleración de los tiempos históricos.

El PS nunca fue ni pretendió ser una organización leninista pero tampoco fue el partido marxista, instrumento político revolucionario, en el cual algunos de sus dirigentes pensaron poder transformarlo, como testimoniaban su declaración de principios y los acuerdos de algunos de sus congresos. Tampoco fue el partido de cuadros en el que otros habían soñado convertirlo para hacer de él un destacamento avanzado de la lucha revolucionaria. La pobreza teórica de sus militantes y de sus dirigentes así como el funcionamiento assembleísta de sus estructuras, que el juego de fracciones y tendencias hacía aún más vano, había configurado una organización política delérea cuyo carácter inofensivo para los intereses del régimen burgués había sido hasta 1970 la explicación de su supervivencia.

El fracaso pues de este partido es un fracaso histórico para el movimiento progresista de nuestro país y sus graves consecuencias, que se prolongan hasta hoy en día, deben ser puestas al desnudo si queremos evitar que las nuevas generaciones de la izquierda sean víctimas de un nuevo espejismo. Entre esas consecuencias que nadie debiera olvidar está el hecho de que con la excepción de minúsculos polos de reagrupamiento en la clandestinidad, el Partido Socialista se desmoronó por completo en la primera semana del golpe de Estado, dejando en su camino a una parte de sus militantes, frecuentemente los más generosos, abandonados a su suerte, es decir muchas veces convertidos en las víctimas sacrificiales del orden impuesto por los generales putschistas. Nadie debiera olvidar tampoco que muchos otros militantes que corrían riesgos muy limitados y que habían detentado prestigiosas responsabilidades durante la gestión de Allende, supieron encontrar demasiado rápidamente el camino de las embajadas.

Nadie debiera olvidar por fin que al desmoronamiento de los primeros días sucedió la transfiguración del Partido Socialista que se reconstituyó en el exilio y, en particular, la lamentable trasmutación de esta organización que han querido imponer ciertos grupos de recién llegados que de regreso en el país han utilizado el tampón y la etiqueta de un Partido casi fantasmagórico para caucionar unos compromisos y unas políticas contrarias al ideario histórico de los socialistas chilenos y a veces con la voluntad vana de legitimar unos intereses corporatistas o personales más que prosaicos.

Esta descomposición , es necesario que lo subrayemos , nos parece tanto más insoportable cuanto que las páginas de la historia nacional del siglo XX conservan la memoria de todo lo que los militantes socialistas aportaron a la lucha de los sectores progresistas por el mejoramiento de sus condiciones de vida y de sus derechos ciudadanos, desde los combates de los años treinta hasta los que llevaron a la victoria del Frente Popular con Pedro Aguirre Cerda, desde las luchas callejeras contra los nacionalsocialistas criollos en los años cuarenta hasta los combates por la defensa de los militantes comunistas perseguidos por González Videla en los años cincuenta , por fin desde la participación en las luchas de los pueblos hermanos, como Elmo Catalán en la Bolivia de los años sesenta hasta la resistencia al golpe de estado y luego a la dictadura pinochetista que se soldó por miles y miles de cuadros y militantes detenidos, suplicados y asesinados. Se trata pues de páginas de generosidad y de civismo que sin ninguna duda serán recordadas por aquéllos que algún día querrán reconstituir el hilo conductor de la historia de la izquierda nacional . En otro plano de la situación de la izquierda de los años 70, hay que señalar que la impotencia política del Partido Socialista sólo tuvo un único equivalente como factor de la histórica derrota de la izquierda chilena y este equivalente fue la miopía política del Partido Comunista . Esta miopía que había sido por lo esencial el fruto de la fidelidad a una forma de internacionalismo ya caído en desuso en tiempos de Allende, el de la estéril Primera Internacional, y de una interpretación mecanicista de la realidad chilena, sin parentesco con el marxismo , transformó al Partido Comunista nacional en un aparato administrador de dogmas , desconfiado y , muchas veces , agresivo frente a las iniciativas surgidas en el resto de la izquierda y que podían representar una novedad y, por lo tanto, una amenaza para su influencia política..

Concientes de la repulsión que despertaban en una sociedad chilena visceralmente predispuesta contra ellos , los dirigentes y los militantes de este Partido terminaron por convencerse de que su interés primordial consistía en preservar las posiciones esenciales adquiridas en la realidad chilena y en el electorado y buscar , en negociaciones por lo alto, la defensa de los intereses partidarios y los de las categorías sociales que representaban . Esto les llevó a sobreestimar la potencia y la capacidad de sobrevida de su propia organización y a subestimar gravemente la agresividad de unas categorías sociales, burguesas y pequeño burguesas, que con tal de verlos desaparecer terminaron por entregar el país a los puschistas . Esa especie de inconciencia que se apoderó así de los comunistas terminó por expresarse al fin del gobierno popular en consignas que ilustraban la irrealidad de sus análisis tales como los llamados a cerrarle el paso a la guerra civil, en un especie de movimiento pro paz, y esto justo en un momento en que los sediciosos se desplegaban abiertamente por todas partes para descargar sus tiros y bombas contra el gobierno de la UP . Así , desarmados políticamente por una línea de acción que llegó a tener para ellos más fuerza que la realidad misma los comunistas chilenos pagarán un enorme tributo de sangre y de dolor con los suplicios y los asesinatos que debieron sufrir sus militantes y dirigentes durante la tiranía, antes de decidir el cambio total de su táctica política en los comienzos de los años ochenta . Por fin , respecto al tercer componente mayor de la izquierda chilena en ese periodo, esto es el Movimiento de Izquierda Revolucionaria , hay que decir primeramente que durante mucho tiempo los análisis de lo sucedido en nuestro país desde la segunda mitad de los años sesenta hasta el pusch han tenido tendencia a sobrevalorar el rol jugado por esta organización . No creemos que sea útil insistir demasiado aquí sobre las razones que

han inducido a este error de apreciación, unas razones que son en general bien conocidas, de tal manera que preferimos pasar de inmediato a considerar el papel de este movimiento en la etapa de la vida política chilena que constituye el objeto de nuestras reflexiones, con el fin de situar su importancia con la mayor precisión.

Hay que decir en primer lugar que la tercera fuerza política de la izquierda chilena de ese periodo de nuestra historia tuvo un desarrollo tan fulminante como efímero y hoy en día son pocos los chilenos que pueden identificar su nombre como un elemento notable en nuestra vida política. El casi desaparecimiento de esta organización es el resultado, como bien se sabe, de la exterminación de muchos de sus cuadros superiores y medios durante los años de una dictadura que se había fijado como objetivo prioritario su aniquilación. Sin embargo, la desaparición del MIR fue el resultado también, y quizás esencialmente, de la desaparición pura y simple de su base social y política que fue aventada definitivamente por las persecuciones de la dictadura contra el movimiento campesino, la desaparición de los campamentos en el medio urbano, la volatilización de los nuevos sectores obreros de los cordones y una despolitización casi total de los jóvenes y en especial de los estudiantes universitarios.

Así, la organización que en 1965 era apenas un grupúsculo cuyo nacimiento no había interesado a nadie en la política nacional y que había conocido un crecimiento fulgurante alrededor de los años setenta, fue, al cabo de unos pocos años, reducida a su mínima expresión original, como resultado de la acción criminal de los órganos de represión y, luego como fruto de la profunda evolución que la sociedad chilena ha sufrido en el último periodo. Sin embargo, las circunstancias que rodearon el nacimiento y el desarrollo del MIR constituyen unos elementos determinantes para explicar su ocaso y ellos debieran estar presentes en el espíritu de todos quienes busquen restituir en toda su complejidad los sucesos de esa etapa de nuestra vida política.

Así, como no señalar que la explosión del crecimiento militante vivida por el movimiento mirista a partir de 1968 no resultó tanto del carácter más o menos pertinente de su línea política sino más bien, y sobre todo, de la intensa movilización estudiantil por la reforma universitaria de ese año, de la generalización sobre todo en Santiago de la reivindicación de los pobladores por un terreno o una vivienda, por fin de la sindicalización campesina que había desencadenado la nueva legislación freista. En esta ola de descontentos que, a fines de los años sesenta, hizo entrar en la vida política unos nuevos sectores de chilenos, el MIR asumió una representación que sobrepasaba sus fuerzas y que lo llevó a olvidar por completo una de las definiciones estratégicas esenciales adoptadas en el momento su fundación, esto es la construcción de un partido de cuadros con vocación insurreccional.

De esta manera, de la noche a la mañana, los militantes santiaguinos de fines de los años sesenta se vieron volcados en unas tareas de agitación y de propaganda entre los pobladores y los estudiantes, unas tareas que absorbían todas sus fuerzas y que los diluía en un movimiento de masas puramente reivindicativo. Por otra parte, para agregar a la confusión de una militancia caracterizada por su pobre bagaje teórico, en septiembre de 1970 los miembros del MIR fueron incitados a votar por el candidato de la Unidad Popular en circunstancias de que en las elecciones legislativas que habían tenido lugar apenas un año y medio antes, las de 1968, el movimiento había llamado activamente a la abstención cumpliendo con ello los

acuerdos de su congreso de fundación y las múltiples discusiones posteriores en las que la vía electoral había sido completa y definitivamente descartada. Por fin, fue con estas mismas incertidumbres y contradicciones que el MIR transitó durante el periodo de la Unidad Popular y tal situación no podía constituir más que un factor adicional de confusión en esos tiempos cargados de amenazas y de ataques de los enemigos del gobierno de la izquierda. Así, con el putsch, el desgarnecimiento casi total de sus cuadros y de sus estructuras, que era el resultado natural de una acción esencialmente agitativa y reivindicativa, encontrará a los militantes del MIR indefensos y desarmados y expuestos a la vindicta inclemente y sin piedad de los organismos represivos.

Algunas consideraciones finales

La izquierda que fracasó estrepitosamente en 1973 tenía detrás de ella una historia bastante corta pues la fundación de su organización política más antigua, el Partido Comunista, se había producido cuando el siglo XX estaba ya bien avanzado y en lo que respecta al Partido Socialista y al MIR, ellos surgirán, como hemos visto, mucho más tarde. La brevedad de esta historia subraya sin duda la proeza que había significado el hecho de organizar un movimiento social y político de proporciones raramente conocidas en América latina y en el resto del mundo subdesarrollado, y que había colocado a las fuerzas populares en situación de conquistar una parte del poder del Estado hasta allí celosamente conservado por los sectores pudientes de nuestra sociedad.

La audacia que ello representaba a los ojos de muchos era tanto más singular cuanto que a la cabeza de la izquierda ninguno de sus dirigentes había renunciado a afirmar el carácter marxista de su compromiso, y esto en plena guerra fría y de represión abierta de los comunistas en muchas partes del mundo, y ninguno de ellos tampoco vacilará en la voluntad de aplicar el programa de gobierno que había sido votado democráticamente en 1970. Por otra parte si bien es verdad que el fracaso de la izquierda en Chile se sitúa, como lo han expresado algunos autores, en el contexto general del fracaso de todas las izquierdas latinoamericanas de los años sesenta y setenta, no es menos cierto que las proporciones de la catástrofe sufrida por el movimiento popular chileno no tiene equivalente.

Ello debe por lo tanto incitarnos a seguir interrogándonos, sin tabúes, sobre las razones que pudieron llevar a esa debacle, pues pensamos que las consideraciones que hemos formulado precedentemente constituyen apenas una invitación a la tan necesaria reflexión. En lo que nos concierne, la tesis que hemos tratado de exponer en el curso de este trabajo descansa sobre todo en la idea de que la izquierda chilena se equivocó fundamentalmente de estrategia o de línea política porque no conocía suficientemente la realidad de nuestro país.

La hazaña, por lo demás bastante sorprendente para todos, que constituyó el triunfo de Allende, había mostrado también los límites políticos y orgánicos de los partidos de la izquierda, es decir su incapacidad para convertirse en polos de reagrupamiento de las fuerzas sociales y políticas mucho más vastas que habrían sido necesarias para neutralizar a los adversarios principales del proceso de cambios y llevar a su término la experiencia del gobierno popular. Al contrario la acción de la izquierda contribuyó sin lugar a dudas de manera determinante a arrojar en los brazos de los golpistas a unos sectores de la sociedad que acabarían rápidamente por lamentarlo.

Por fin , si bien es verdad que las recetas para evitar tal resultado las buscaban afanosamente todos, dirigentes y militantes, en esos días tan agitados de los años del gobierno popular, poco propicios para la reflexión , ya era demasiado tarde . Por otra parte , pensamos que habría resultado bastante difícil resolver en los tres años del gobierno de la Unidad Popular las grandes incertidumbres e insuficiencias políticas que caracterizaban a todos los partidos de la izquierda chilena sin excepción , unas incertidumbres e insuficiencias que en cada campaña electoral , especialmente las presidenciales , eran dejadas voluntariamente entre paréntesis con el fin de poner a toda la militancia en orden de batalla para conquistar nuevos votos .

Así , las variaciones en el número de sus votos de una elección a otra se transformò para la izquierda en uno de los indicadores principales , a veces en el único , para medir la pertinencia de su línea política. Por ese camino, los partidos de la izquierda acabaron por olvidar casi enteramente que vivíamos en medio de una sociedad en la que enormescategorías de la población todavía no habían logrado salir de la mentalidad colonial o que, por lo menos, no se sentían cómodas en la entidad nacional que denominábamos Chile. Esos sectores sociales , esencialmente de clase media , presentaban un comportamiento que ha sido identificado ya en otros pueblos por ciertos estudiosos y , parafraseando lo señalado por esos autores, podríamos decir que esos habitantes de Chile de que hablamos se habían resignado a ser chilenos como una fatalidad simplemente porque no podían ser los europeos que habrían anhelado ser ni querían ser los indígenas que habían participado en su mestizaje.

Esta parte de nuestra población que se determinaba mental y políticamente, y que lo sigue haciendo hoy en día, en función de la imagen que ella se hacía de los europeos y de su prolongación norteamericana , es decir en función de los que habían sido los fundadores y/o los amos de nuestro país, debía terminar necesariamente por cultivar los peores defectos de esos pueblos , esto es un racismo visceral por todo lo que no viene de esas comarcas del desarrollo , un racismo que en nuestro país se aplica a la población indígena pero por añadidura, como lo dijimos, a los sectores populares que están emparentados con ella por el mestizaje así como a la expresión política de esos sectores populares , es decir el socialismo y el comunismo , unas corrientes ideológicas que, por lo demás, en Europa Occidental y en los EE.UU. han sido a menudo asimilados a divinidades infernales .

Pensamos que esta relación atávica y alienada con formas culturales exógenas de una parte importante de nuestra clase media la llevó a entregarse con las manos y los puños atados a otra reminiscencia de la conquista y de la colonia como lo eran las fuerzas armadas chilenas de los años setenta. Estas no solamente se ilustraron en el rol de represión de los sectores progresistas sino que además muchos de sus miembros pusieron en práctica todo el abanico de brutalidades y perversiones criminales con que se habían nutrido en la Escuela de las Américas , en Panamá, y en las tradiciones disciplinarias prusianas , es decir las tradiciones compartidas por las tropas que en la Alemania nazi se habían prestado durante la segunda guerra mundial para tanta expoliación, tanto genocidio y tanta masacre.

Por fin , solamente mucho más tarde, en los primeros años de los ochenta, una parte de esos sectores medios le darà vuelta la espalda a la Junta , pero para que ello se produjese fue necesario que las políticas económicas experimentadas por ésta golpearan duramente los intereses de esas capas sociales y , además , que el gobierno militar se transformase abiertamente con el tiempo en un gobierno contra la sociedad

civil en su conjunto . En resumen , pensamos que hubo así en el camino de las fuerzas progresistas de nuestro país no sólo un combate político que se perdió con los resultados que se conocen , sino también un combate cultural , en el sentido del teórico italiano Antonio Gramsci, un combate cultural que no se dio o que se dio mal y que condicionó la suerte de nuestro combate político. Un combate cultural por fin cuya definición y cuyas modalidades debieran ser algunas de las prioridades de las nuevas estrategias de un izquierda que está por inventarse



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).